

La fraternidad como horizonte de resistencia

José María Vigil-Escalera Loredo

Recién graduado en Literatura y Filosofía
Universidad Iberoamericana Puebla, México

En tiempos de desolación, de temblores internos, de la garganta de una maquinaria voraz que, agónicamente, pierde el significado de ser llamada mundo u hogar, y donde el sufrimiento es el único alimento de los pobres, o de todas las vidas que queden entre los últimos, ¿qué es la extraña luz que se despierta en el horizonte? En el momento en que el dolor deja de ser la plaga final de la humanidad, para convertirse en el vínculo primigenio, donde un par de ojos frágiles constituyen el segundo en que nos nombramos “nosotros, hermanos y hermanas”, es que esa luz se asoma. Sin embargo, es difícil avistarla, pues las cabezas agachadas y los espíritus quebrantados reinan en nuestra cotidianidad.

La pretensión del sistema en el que vivimos es desmembrar el cuerpo de la comunidad humana, a tal punto de que el miedo y la necesidad por supervivencia vuelva a unos contra los otros, y prime el “sálvese quien pueda”. La desintegración de las personas en meros individuos constituye un problema vital, pues el fundamento de ser persona es, en la medida en que se da luz a la vida de cada uno dentro de una comunidad, ser amado por un padre o una madre, un hermano o una amiga, es huella de que nadie llega a pararse por sí solo.

Pero el diseño de la cultura global capitalista proclama una ilusión lo suficientemente convincente, “estás solo” y, en este vacío y soledad es, entonces, que ofrece una cura: “el culto a uno mismo”, bajo las súplicas al dios dinero. Y, entonces, las relaciones se ven mediadas por necesidades económicas, que no son ni en lo más remoto un río del que podamos beber para saciar nuestra sed por amor y vínculo.

Solos, cáscaras vacías de lo que solíamos ser, separados, con miedo y desesperanzados, la luz en el horizonte no se extingue, pues todavía hay dentro de nosotros un espíritu

indignado cuando vemos a un rostro errante pedir auxilio en su silencio, un sentimiento de digna rabia se extiende por cada músculo, fibra y extremidad de nuestros cuerpos, un amor que arde y se resiste, una fraternidad que sin importar las barreras, los muros, las ilusiones y las desilusiones, es capaz de hacernos sentir vivos de nuevo, con la fuerza necesaria para no agachar la cabeza, tomarnos de las manos, cruzar las miradas, y rebelarnos, juntos.

Levinas en *Dios, la muerte y el tiempo* dice:

Lo que se expresa en la desnudez —el rostro— es alguien hasta el punto de apelar a mí, de colocarse bajo mi responsabilidad; desde ese momento yo tengo que responder por él. Todos los gestos de los demás son signos dirigidos hacia a mí. Recuperando la gradación antes mencionada: exhibirse, relacionarse, *confiárseme*. El otro que se expresa se me confía (y no hay ninguna deuda respecto del otro, porque es una deuda impagable; no estamos nunca libres de ella). El prójimo me caracteriza como persona por la responsabilidad que tengo sobre él (p.23).

Es decir, la ilusión de las libertades individuales es bajo una antropología que pretende difuminar el hecho de que la persona, como sujeto ontológico, es el punto de encuentro entre las relaciones que la constituyen. Mirar el rostro del otro compone el momento en que una persona se erige como tal, en la medida en que una mirada que llora es el instante en que le permite reconocerse a sí mismo. Yo debo *responder* a tu dolor, yo te acompaño en tus penas y alegrías.

El centro esencial de todos los seres humanos es la compasión. Sin embargo, ya es bien conocido el viejo juego de las abstracciones: si se elimina de la ecuación a los rostros concretos, los nombres de las personas, y se les reduce a ser un mero competidor, un gusano que arrebató la posibilidad de expansión del ego, un extraño, un extranjero, es entonces que se presenta la oportunidad para expulsarlo, pues en “mi” mundo no figura tu existencia, en mi mundo no eres tú al que considere un ser humano, y, por lo tanto, no puedo compadecerme de ti.

Pero esta estrategia de diluir la proximidad es incapaz de combatir la realidad de que el fundamento de la afectividad humana no es el mero deseo, sino la vulnerabilidad de un mundo que interpela. Más allá del pequeño mundo al que aspira el señor burgués, hay un infinito de mundos que se desbordan y que se encarnan en personas concretas. Decir que el acontecimiento de estar vivo, es estar vivo con los otros, con la comunidad humana, implica

que es imposible clausurarse en uno mismo, pues estar vivo es estar herido, es llevar la herida con la que el otro se abre paso hacia la tierna carne de los corazones, y se vuelve el segundo en el que la responsabilidad, sentida como amor, invita a transformarse a uno mismo en santuario donde resguardar la vida de los demás.

Se vuelve más claro aun cuando reflexionamos sobre el hecho de que nuestro nombre nos es dado, es decir, la palabra, el soplo de vida nos es dada por otro, que a su vez le fue dado por alguien más. La vida no es posible mercantizarla o pagar por ella, ya que huye a todo eso. La vida, como dádiva, como regalo, se encuentra a todo momento como donación absoluta. De ninguna forma se puede homologar al intercambio o la deuda, ya que ambas constituyen la espera, el retorno de lo que han perdido, es decir, son una inversión para sí mismas. Mientras que, a la donación del amor, le es propia el éxodo: nunca se regresa a casa porque el mundo es el hogar, se halla siempre en la errancia. La fuerza de la fraternidad se consolida en que busca su plenitud en sus relaciones.

La fraternidad es renuncia de todo lo que individualmente tenemos y somos, a favor de lo que podemos ser juntos. El mencionado “culto a uno mismo” es el resultado de una espiritualidad capitalista que todavía cree en la sustancia griega, en el engaño de que cada cosa existe por su cuenta, cuando la realidad del ser es que es, como dice Panikkar, *inter-ser*. No hay tal cosa como una realidad última más allá de la vida, sino que vivir en el amor es el más allá de una vida donde nos encontramos separados los unos de los otros. Ante un mundo que nos niega, que nos aplasta, que busca replegarnos sobre nuestro propio sufrimiento, encerrándonos en él, volviéndonos a través del temor, los unos contra los otros, es entonces que un espíritu fraterno se despierta en nuestros corazones. La dignidad en el rostro de nuestros hermanos y hermanas inspira un grito para negar al mundo que nos niega. Una vulnerabilidad humana que se presenta como horizonte, un corazón hospitalario que escucha la palabra del otro, una fraternidad humana sedienta de justicia, que es luz rebelde, en un mundo que conocerá su transformación, bajo la promesa del amor.